

LA REPERCUSIÓN DEL PONTIFICADO DE JUAN PABLO II EN LA TRANSICIÓN POLÍTICA EN EUROPA DEL ESTE (1978-1989)

Guillermo Fernando Arquero Caballero
Doctorando en Historia (UCM)

Resumen: En el presente artículo se intenta valorar qué importancia tuvo el Pontificado de Juan Pablo II en el desarrollo de los procesos históricos que condujeron al desmoronamiento del sistema comunista en Europa del Este y la transición política hacia la democracia. Se aborda el tema analizando la propia personalidad de Juan Pablo II, el contexto histórico general de la caída del comunismo en Europa oriental y el desarrollo cronológico de los acontecimientos.

Abstract: *In this article we will try to see how important the Pontificate of John Paul II was for the development of those historical processes which led to the fall of communist system in Eastern Europe and the political change to democracy there. The subject will be studied taken into account the personality of John Paul II, the historical context of the fall of communism in Eastern Europe and the chronological development of events.*

Palabras clave: Pontificado Romano, comunismo, dictadura, Guerra Fría, Unión Soviética, Democracias Populares, disidencia política.

Keywords: *Roman Pontificate, communism, dictatorship, Cold War, Soviet Union, People's Republic, political dissidence.*

Para citar este artículo: ARQUERO CABALLERO, Guillermo Fernando, "La repercusión del Pontificado de Juan Pablo II en la transición política en Europa del Este (1978-1989)", en *Ab Initio*, Núm. 2 (2011), pp. 191-219, disponible en www.ab-initio.es

1. INTRODUCCIÓN

El 16 de octubre de 1978 era elegido Papa de la Iglesia católica el polaco Karol Józef Wojtyła (1920-2005), con el nombre de Juan Pablo II. Joven y prácticamente desconocido, su Pontificado habría de ser uno de los más largos de la historia de la Iglesia, y quizá podamos decir también que de los más intensos y fructíferos, si atendemos a todos sus viajes, escritos y actividades diversas, abarcando múltiples campos de acción, además de un carácter místico y espiritual importante.

Próxima ya su beatificación, anunciada para el 1 de mayo del año en curso, Juan Pablo II luce ya con luz propia en el firmamento de la historia de la Iglesia y del Pontificado romano, en el mismo rango que otros grandes Pontífices que, en un momento u otro, hubieron de llevar la barca de la Iglesia por los azares y convulsiones de su tiempo y dar respuesta a los grandes problemas de su época. En este sentido, podemos situarlo junto a figuras como san León Magno († 461) o Gregorio VII († 1085). En efecto, su Pontificado tuvo importante repercusión en cuestiones que afectan no solamente a lo estrictamente eclesiástico, sino al conjunto de la sociedad humana. Por ello fue un Papa no ajeno a la controversia, pues de la misma manera que ha sido admirado como defensor de los derechos humanos y la libertad de los pueblos ha sido criticado como un neoconservador que ha interferido en asuntos ajenos a su competencia pastoral y su misión apostólica¹.

Muchos fueron los campos en los que Juan Pablo II jugó un papel práctico importante. En el campo socio-político, el más destacado sea quizá su intervención en el proceso de cambio político en Europa del Este, desde el sistema soviético hasta la democracia iniciada en los años 90. A este respecto, los grandes personajes que protagonizaron el mencionado proceso, tales como Wałęsa, Havel, Gorbachov o Jaruzelski no han dudado en reconocer sin tapujos la importancia de Juan Pablo II en el desarrollo del proceso. Sin embargo, las opiniones en torno a la importancia de su intervención varían desde los que le ven como el titán que derribó el comunismo hasta los que tienden a minimizar su papel. En este trabajo vamos a intentar, atendiendo a las principales publicaciones al respecto, valorar esta cuestión, aspirando a hacerlo en su justa medida, viendo en qué consistió la acción de Juan Pablo II y la importancia que ésta tuvo.

El artículo se divide en tres partes fundamentales. La primera, está dedicada a elaborar un esbozo de la persona de Juan Pablo II, destacando puntos de su vida y pensamiento necesarios para entender el porqué y el cómo de su conducta. En segundo lugar, también hay que aludir al contexto histórico, en sus grandes rasgos, del desmoronamiento del sistema comunista en Europa del Este, imprescindible para contextualizar la acción de Juan Pablo II y poder entenderla debidamente. Por último, pasaremos a ver el desarrollo de los acontecimientos, interpretándolos sobre la base de los apartados anteriores.

¹ Sobre el tema que vamos a tratar aquí (el proceso de desintegración de las dictaduras comunistas de Europa del Este) ya en 1979 (con motivo del primer viaje de Juan Pablo II a Polonia) la revista oficiosa del Partido comunista de Polonia, *Trybuna Ludu*, criticaba que era “difícil distinguir dónde termina la labor pastoral y dónde empieza la política” (ver SZULC, T., *El Papa Juan Pablo II, La Biografía*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1995, p. 302). En cierta manera, es la reedición del debate sobre los límites entre el deber cristiano y el interés mundano, que no ha librado de la polémica a grandes personajes de la Iglesia. Pensemos así en Inocencio III o en dos casos más similares al de Juan Pablo II, su antecesor en la sede de Cracovia san Estanislao, muerto en 1079 a manos del rey Boleslao II de Polonia y Santo Tomás Beckett, sobre quien Frank Barlow ha escrito hace relativamente poco un libro cuyo título ya es revelador sobre el problema: *Tomás Becket, el Santo Político*.

2. LA PERSONA DE KAROL WOJTYŁA

Karol Iózef Wojtyła (1920-2005) nació en Wadowice, Polonia, donde pasó su infancia hasta que se matriculó en filología polaca en la Universidad Jagellónica de Cracovia en 1938, ciudad a la que se trasladó con su padre (para entonces, tanto su madre como su hermano habían muerto, falleciendo más tarde su padre en 1940, en plena contienda mundial). Tras su segundo curso de filología polaca (ya durante la ocupación) ingresó en el seminario clandestino. Tras ser ordenado sacerdote en 1946 viajó a completar sus estudios a Roma. De vuelta a Polonia, durante la década de los 50, llevó a cabo labor pastoral (especialmente con los jóvenes) y académica (llegando a ser catedrático de Ética en la Universidad Católica de Lublín), además de mantener una cierta actividad literaria, su vocación inicial antes de entrar a la vida eclesiástica. Finalmente, en 1958 sería ordenado obispo auxiliar de Cracovia a los 38 años, y en 1964 arzobispo de la misma ciudad y cardenal en 1967, habiendo trabajado en el Concilio Vaticano II. En 1978 llegaría al Pontificado como Juan Pablo II, hasta 2005, año de su fallecimiento.

Para poder valorar la acción de Juan Pablo II debemos comenzar por reconocer la coherencia y convicción de sus creencias y su vida, que condujeron su acción en todos los campos, incluido el que podemos llamar *político* y que aquí nos interesa. En este sentido, podemos hacer relevante algunos puntos de su pensamiento (fundamentos de acción en una persona coherente), relacionados con el tema que aquí tratamos, el de los cambios sociopolíticos de la Europa comunista y, de esta manera, del orden mundial.

2.1. Visión unitaria del mundo físico y el mundo espiritual

Como señalaba el pensador converso André Frossard, Juan Pablo II tuvo una visión global de la Historia: nunca interpretaba un hecho de modo aislado². Con ello quería decir que este Papa tuvo una visión unitaria del acontecer humano, donde la diversidad era un todo: nada ocurría de modo independiente a otros factores, de orden material y espiritual³. Esta idea se encuadra en Juan Pablo II en

² VELASCO, M. A. (Ed.), *Del Temor a la Esperanza*, Madrid, Ediciones Solviga, 1993, vol. 1, p. 63.

³ Quisiera reivindicar en este momento la riqueza del concepto “espíritu”. En efecto, no pretendo referirme con el mismo simplemente al espíritu tal como se entiende desde una concepción propia de ciertas tradiciones religiosas y del platonismo (como la dimensión no material del ser, tan vituperada en el pensamiento posmoderno), sino al “espíritu humano” en tanto que atañe al universo racional, afectivo, sentimental, etc., a la dimensión anímica que trasciende la estrecha noción de la racionalidad como único atributo que define al ser humano como tal a un nivel no físico. De tal manera, el espíritu (lo que en alemán se llama *Geist*, y que en griego se halla representado por el conjunto de términos como *psyche*, *nous*, *pneuma*, y en latín *anima*) es un rico concepto necesario para poder estudiar precisamente la historia de la humanidad, que trasciende el mero orden físico-material del mundo y nos habla de la complejidad de la cultura humana y la importancia de elementos no directamente materiales en las sociedades y los individuos. Así pues, quisiera que a la hora de hablar de “espíritu” para el tema que nos ocupa, entendamos que para

la noción de la Providencia Divina y la respuesta del hombre: sólo la Providencia guía a la humanidad⁴, de forma que en todos los sucesos Dios provee, y aquél que trabaja por el Reino de Dios o trata de seguir honradamente su conciencia y de la humanidad cuenta con el apoyo divino en los sucesos humanos. Esto es muy importante en el tema que nos ocupa, pues no resulta contradictorio así que Juan Pablo II juzgase que el desmoronamiento de los regímenes totalitarios de Europa del Este se debiera a razones tanto económicas, geopolíticas etc., como de orden espiritual (la Providencia de Dios, la fuerza del espíritu humano rebelado ante la sinrazón de la violencia, el anhelo de libertad...).

Esto no quiere decir que Juan Pablo II diera una respuesta ajena al juicio racional (de forma teórica y práctica) a los hechos en el marco de un simple providencialismo, sino que (lo que aquí nos interesa) su actuar en los negocios humanos se relacionaba con su labor espiritual: para Juan Pablo II su ministerio sacerdotal (y en su momento el episcopal y pontificio) incluía tomar parte activa en los acontecimientos del mundo, en la medida en que, afectando a la honra de Dios, afectaba al bien de la humanidad y, afectando al bien de la humanidad, afectaba a la honra de Dios. Ésta es, pues, la clave para entender lo que, desarrollada la lectura del trabajo quede debidamente argumentado: que como sucesor de San Pedro, actuara en Polonia y, *a fortiori*, en Europa del Este, y la razón de que él poco haya dicho de su actuación “política”, primando su interpretación teológico-apostólica, pero sin negar jamás el importante valor humano y, en última instancia, socio-político, de su actuación. En definitiva, Juan Pablo II era un hombre de fe y esperanzas profundas, donde radicó la fuerza que le llevó a consumirse física y espiritualmente en su ministerio.

La importancia de la fe de este Pontífice radica pues en que ello suponía incluir en la labor apostólica la situación terrenal de los hombres. Para él, el cristianismo no es solo una religión de contemplación y conocimiento, sino de acción⁵. Si Dios llama a ayudar al ser humano, esta ayuda se extendería a sus circunstancias terrenales (la salvaguarda de la dignidad y los derechos humanos, la lucha contra la pobreza y las injusticias...). En esta labor Juan Pablo II incluiría lo que él entendió como la lucha por la libertad en Europa del Este. Comenta a este respecto Judt que “la visión cristiana del nuevo Papa hundía sus raíces en el peculiar mesianismo del catolicismo polaco”⁶. Más allá de lo que de despectivo pueda subyacer en este comentario, lo cierto es que el autor acierta en la apreciación de la convicción y compromiso del Pontífice con la Iglesia, con la humanidad y con su patria.

Este compromiso con la cuestión de la libertad en Europa del Este (como en tantas otras) alcanzó, en mi opinión, mayor intensidad desde el momento en el que, en su

Juan Pablo II era de vital importancia la creencia del Espíritu no sólo en sentido teológico, sino también en este sentido filosófico y cultural tan rico.

⁴ LECOMTE, B., *Cómo el Papa Venció al Comunismo*, Madrid, Rialp, 1992, p. 18.

⁵ MESSORI, V. (Ed.), *Cruzando el Umbral de la Esperanza*. Barcelona, Plaza&Janés, 1995, p. 137.

⁶ JUDT, T., *Postguerra, una historia de Europa desde 1945*, Madrid. Taurus Historia, 2006, p. 844.

visión unitaria de la vida, veía su labor no como algo opcional sino como una encomendación apostólica inherente a su vocación cristiana y sacerdotal. Juan Pablo II no veía como algo casual el hecho de que sobreviviera, en medio de una terrible experiencia, a la persecución nazi en la II Guerra Mundial: para él, su sacerdocio estaba inscrito en el sacrificio de mucha gente⁷, y quizá (según él) fue por la circunstancia de la dominación comunista por la que fuese llamado al Trono de San Pedro un hombre del Este⁸. En conclusión, Juan Pablo II entendió su labor en Europa del Este como una exigencia moral y apostólica, lo cual es importante a la hora de abordar el estudio de su acción. Era, en fin, “más pastor que burócrata de la curia”⁹, un hombre que, si bien pragmático y prudente, no se condujo condicionado por el posibilismo, sino por una fe y una esperanza de donde nacía su fuerza. Todo ello nos conduce, en mi opinión, a poder encontrar en Juan Pablo II la importancia de la convicción personal que marcó la historia humana en otros individuos a lo largo de la historia.

2.2. La nacionalidad polaca

Pero no podemos entender la actitud del Pontífice respecto a la problemática del bloque oriental sólo contando con sus convicciones espirituales, sino también contando con su condición de polaco. Como se ha señalado, la novedad de que se eligiera un Papa no italiano en 455 años venía acompañada de que fuera el primer eslavo¹⁰. Esta circunstancia suponía un doble factor a la hora de su actuación en Europa Oriental: la involucración personal en esa labor (además de una experiencia y un conocimiento profundo del problema) y la recepción que tuvo su acción y su persona por parte de sus congéneres eslavos (especialmente los polacos).

Se puede definir a Juan Pablo II como un patriota que jamás dejó de reivindicar su carácter de polaco, lo que le condujo a prestar especial atención hacia Polonia. En efecto, señala acertadamente Fermanois que “es imposible pensar a Wojtyła si no es como polaco”¹¹. Ello ayuda a entender su entusiasmo y preocupación por la situación y los sucesos del bloque comunista. En este sentido, recogía una tradición de resistencia de la nación polaca, desde la invasión sueca del siglo XVII a la dominación soviética, pasando por las divisiones de Polonia en el XVIII. De hecho, durante la ocupación nazi Wojtyła perteneció a un grupo de resistencia que buscaba la supervivencia de la nación polaca a través de su cultura (especialmente mediante la representación de obras dramáticas polacas y recitales de poesía). Además, importante es señalar que la Iglesia en Polonia ha sido hasta el día de hoy un importante elemento de identidad nacional, por lo que la dimensión apostólica y nacional en Juan Pablo II se reforzaron mutuamente. Ya como obispo

⁷ JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, Madrid, B.A.C., 1996, p. 51.

⁸ MESSORI, V. (Ed.), *Opus cit.*, p. 140.

⁹ JUDT, T., *Opus cit.*, p. 843.

¹⁰ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 14.

¹¹ FERMANOIS, J., “El dinamismo, la esperanza, los límites: el Papa Juan Pablo II en el siglo XX”, en *Estudios Públicos* (verano 2006), p. 32.

y Papa, Juan Pablo II lucharía contra “otro periodo oscuro de nuestra historia [la polaca], el de la dominación comunista”¹². Como vemos, al fervor religioso se añadía el patriótico: el Papa, además de oponerse al sistema comunista en el Este por razones religiosas (un sistema ateo y hostil a la religión) y humanas (la defensa de los derechos humanos, la libertad...) lo hacía por razón de la patria (la constante búsqueda de una plena independencia y libertad de Polonia desde los últimos dos siglos).

2.3. Oposición al materialismo dialéctico

Clara era su oposición a la visión marxista del mundo, así como de cualquier otra visión opuesta a la cristiana¹³. En este sentido, Juan Pablo II también criticaba el relativismo moral y el liberalismo occidental cuando éste se viviera en “prepotencia”, tan mala como la del marxismo: todo sería producto de una descristianización de Occidente que arrancarían con la Ilustración¹⁴, y señalaba precisamente como el gran riesgo para Occidente el relativismo moral¹⁵, algo compartido por otros disidentes del bloque oriental, como Alexander Solzhenitsin o Tatiana Goricheva.

Pero, para apoyar u oponerse a un determinado poder en el plano político, el Papa no abordaba el problema en la clave de derechas e izquierdas. Él rechazaba este binomio: la clave era vivir el Evangelio¹⁶, a cuya luz se discernían también los problemas del mundo, que son antes humanos que políticos. No importa tanto bajo qué bandera se cometa una injusticia o se haga una buena acción, importa la acción en sí. En este sentido, Juan Pablo II se oponía al socialismo (entiéndase en su acepción “socialismo real”) si por éste se entendía una ideología opuesta a la concepción del hombre y sus derechos y de la moral cristianos¹⁷. Según su amigo Jerzy Turowick, K. Wojtyła se opuso al comunismo en tanto en cuanto era totalitario, no en tanto en cuanto era ateo¹⁸, ya que, desde el respeto de la libertad del ser humano, el ateísmo constituye una posición legítima de quien así la adopta, mientras que el totalitarismo supone el atropello de la dignidad de los

¹² JUAN PABLO II, *¡Levantaos!, ¡Vamos!*, Barcelona, Plaza & Janés, 2004, p. 56.

¹³ Hay que decir en este punto que Juan Pablo II defendía no tanto una aceptación general de una visión cristiana del mundo como una visión natural (siguiendo la tradición tomista) aunque en última instancia era la misma visión. De todos modos, es importante la diferenciación, pues así se plantea un espacio común de diálogo entre creyentes y no creyentes sobre bases estrictamente racionales. Se puede decir, a la luz de los acontecimientos que tratamos en este artículo, que Juan Pablo II aplicó esto en el diálogo con el mundo marxista, al que trató con respeto y atención.

¹⁴ JUAN PABLO II, *Memoria e Identidad: Conversaciones al Filo de Dos Milenios*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, p. 21. Esta afirmación, aislada, deforma el pensamiento de Wojtyła: como intelectual, asumía también los logros culturales de la Europa contemporánea. Así, conocía la filosofía contemporánea y se adhería a la fenomenología del siglo XX, incluso antes de “descubrir” el tomismo, que pasaría a ser (como reconoce en *Don y Misterio*) el otro pilar de su pensamiento.

¹⁵ JUDT, T., *Opus cit.*, p. 844, nota 1.

¹⁶ FROSSARD, A. (Ed.), *¡No Tengáis Miedo!*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982, p. 227.

¹⁷ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 80.

¹⁸ *Ibidem*, p. 136.

demás. En este sentido, Juan Pablo II evitaría la condena expresa del marxismo¹⁹. Esto nos indica la sutilidad con que desde su Pontificado se abordó la situación en Europa del Este, sutilidad que habremos de procurar tener para juzgar e interpretar los acontecimientos. Por último, es oportuno señalar que incluso en su perfil personal Wojtyła era un individuo apto para dialogar con las autoridades marxistas, ya que, de familia relativamente humilde, hubo de trabajar como obrero en la II Guerra Mundial y fue el primer arzobispo de Cracovia no procedente de la aristocracia, adquiriendo desde los años 40 mucha popularidad entre la clase obrera²⁰.

Asimismo, Juan Pablo II inscribió su Pontificado, desde un principio, a la situación de Polonia (y por extensión del mundo de la Europa oriental). Sus primeras palabras fueron (aludiendo a sí mismo) “lo han llamado de un país lejano”. Como él llegaría a declarar, con “lejanía” se refería a la provocada por el *telón de acero*²¹. No obstante, este Papa accedería al Pontificado, en su visión espiritual del mundo, para dar testimonio del Evangelio y no con un supuesto propósito de acabar con la U.R.S.S. y su bloque²², pues, como veremos, dio carta de legitimidad a los gobiernos de la zona. No obstante, el hecho de ser un eslavo le dio una legitimidad y una capacidad de acción muy importante de cara a millones de personas en Europa del Este²³.

2.4. La ansiada unidad europea

Juan Pablo II ha tenido una idea muy clara de qué y cómo debía ser Europa. Para él Europa debía respirar con sus dos pulmones: el Este y el Oeste. Esta idea conllevaba una incompatibilidad con la división en bloques que venía dándose desde los acuerdos de Yalta²⁴. María Antonietta Mociocchi, señalaba a la altura de

¹⁹ SZULC, T., *El Papa Juan Pablo II, La Biografía*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1995, p. 383.

²⁰ HERRERO DE LA FUENTE, M., *Papel de “Solidaridad” en el proceso de transición democrática en Polonia*, tesis doctoral dirigida por Rafael Calduch Cervera, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones, 2003, p. 114.

²¹ JUAN PABLO II, *Memoria...*, p. 137.

²² SZULC, T., *Opus cit.*, p. 283

²³ En este sentido, el que fuera “eslavo” fue importante para Jaruzelski y para Gorbachov, que se lo hizo notar a su esposa Raisa como un motivo de orgullo en su audiencia con el Papa. Para ver todo ello, SZULC, T., *Opus cit.*, pp. 401-408.

²⁴ Como dice Judt, tras los arreglos entre las grandes potencias Europa occidental asistió impasible ante el hecho de que la mitad de ella misma quedaba desgajada: Europa occidental tendería a considerarse Europa olvidando su zona oriental. Esto es importante para lo que nos interesa aquí, pues de esta manera entendemos la insistencia del pontífice en la unión de Europa. Tal insistencia no era exclusiva de él, sino que era una idea muy extendida en Polonia, sobre un cierto abandono por parte de Occidente, y con un resentimiento por parte de los polacos, que sintieron que su defensa fue a veces en soledad cuando no en incompreensión, tal como expuso el Profesor Grzegorz Bak en su ponencia “La Revolución desde la perspectiva polaca”, en las Jornadas *Revolución y Cotrarrevolución. Una mirada crítica 90 años después, 5 y 6 de febrero de 2007*, celebradas en la Facultad de Filología A de la UCM, Madrid bajo la organización de T. Maliávina, J. García Gabaldón y A. L. Encinas Moral, aún sin publicar. Este sentimiento de soledad de los polacos que el Profesor Bak expuso, en mi opinión, no eran ajenos a Juan Pablo II. De ahí su insistencia en recordar la Europa oriental y llamar la atención de ello a la occidental. Famosa es su frase de que

1993, que Juan Pablo II tenía en sí una “pasión europea” y hacía “proyectos geopolíticos para el porvenir de Europa”²⁵, siendo uno de los hitos la caída del Muro de Berlín, tan próxima a las palabras de la mencionada autora.

Esta posición de Juan Pablo II, en mi opinión, alcanzó mucha trascendencia en Europa del Este al buscar la unificación europea (con sus raíces cristianas), sobre todo cuando la idea de Europa, en la mente de la población de aquella zona “era lo que no existía y se deseaba. Europa era el producto de la imaginación reprimida”²⁶. Se puede buscar una coincidencia con la idea soviética de “casa común europea”, lo que acercaría a Juan Pablo II y a Gorbachov; pero la plasmación de la idea era destructora para el imperio soviético, cuya crisis final (1985-1986) comenzó cuando la idea de “casa común europea” se puso en la palestra²⁷. Ejemplo de esto es la idea de intelectuales como Günter Grass de que, en el caso de la unificación alemana no se dio tanto una fusión como una absorción del Este por el Oeste, lo que, con la debida cautela, puede extenderse al resto de Europa del Este sobre la cuestión de la unidad de Europa superando *el telón de acero*.

Hasta ahora hemos analizado por encima la personalidad e ideas del Pontífice, pero además de sus ideas y planteamientos, de cara a la política con las *democracias populares*, fue de enorme importancia su experiencia como prelado en la Polonia comunista, donde adquirió una importante experiencia. Baste indicar algunas notas al respecto.

Lo cierto es que Juan Pablo II era un hombre simpático y carismático a los ojos de la gente. El Padre Wojtyła fue aceptado como arzobispo por las autoridades después de que seis candidatos hubieran sido rechazados por éstas²⁸, ya que era considerado inofensivo, un simple sacerdote estudioso y simpático. Wojtyła, sin embargo, se “reveló como arzobispo duro”²⁹ que despertó el recelo de las autoridades. De hecho, su actitud de combate hizo recelar al propio primado Stefan Wyszyński³⁰, que no era precisamente un prelado sutil y conciliador con las autoridades. Wojtyła buscaría forzar las situaciones para luego llegar a un acuerdo entre ambas partes, llegando a vías intermedias. Esto es importante, pues

Europa tiene que respirar con sus dos pulmones, o la consagración de Europa a san Cirilo y san Metodio, apóstoles de los eslavos que fueron puente entre Roma y Constantinopla, Occidente y Oriente.

²⁵ Citado en VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 1, p. 47. Esta afirmación no nos deja de mostrar la idea de que el pontificado de Juan Pablo II podía repercutir en la política europea y mundial, y no sólo contar con una faceta espiritual.

²⁶ MIREs, F., *El Orden del Caos: Historia del Fin del Comunismo*, Buenos Aires, Libros de la Araucaria, 2005, p. 128.

²⁷ TAIBO, C., *La Explosión Soviética*, Madrid, Espasa, 2000, p. 125.

²⁸ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 157.

²⁹ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 228.

³⁰ *Ibidem*, p. 226.

el deseo de llegar a un acuerdo a través de ceder en la propia posición suponía una nueva actitud que reconocía cierta legitimidad, más allá del respeto a una autoridad constituida, a las autoridades³¹. No obstante, Wojtyła no dejó de apoyar la oposición frontal si se consideraban inadmisibles las pretensiones de las autoridades. De hecho, estas afirmaciones se contraponen a las de muchos (y autorizados) autores que opinan que, precisamente con Juan Pablo II el Vaticano tensó la situación con respecto a las democracias populares y la U.R.S.S.³². De todos modos, pensemos que una cosa es la acción de Wojtyła en Polonia y otra como papa, rompiendo, en efecto, con la actitud conciliadora de Juan XXIII y Pablo VI. Volviendo a Polonia, el caso más destacado de confrontación liderada (sólo en parte) por Wojtyła, fue el de las luchas por la construcción de una iglesia en el barrio de Nowa Huta³³.

Por otro lado, Wojtyła llevó a cabo una oposición cultural, trabajando en la revista *Tygodnik Powszechny*, además de incidir en la defensa de la educación religiosa y de acercarse a organizaciones independientes como el K.O.R. (Comité de Defensa de los Trabajadores) y el K.I.K. (Club de Intelectuales Católicos), además de apoyar las universidades volantes y otras asociaciones, lo que puede considerarse precedente de la aglutinación e intercolaboración de la disidencia, un aspecto éste esencial en el proceso hacia la democracia en Europa del Este (o al menos en Polonia) en el que todos los autores coinciden. Juan Pablo II haría fundar la dignidad de la persona humana en la libertad religiosa³⁴, lo que da un incontestable papel y responsabilidad en la lucha por la dignidad humana a la Iglesia, de la cual Wojtyła era uno de sus pastores.

3. CONTEXTO HISTÓRICO DE EUROPA DEL ESTE EN TORNO AL DEBILITAMIENTO DEL COMUNISMO

Como indicó el propio pontífice “sería ridículo considerar al papa como el que derribó [...] el comunismo”³⁵. Ciertamente, la acción de este hombre se inscribe en un proceso complejo. Juan Pablo II accedía al Pontificado en un momento en el que se daban los pasos hacia el declive interno del bloque soviético, y supo aprovechar la situación para incidir en ella. En este sentido, no vamos a hablar

³¹ Así, en Cracovia, en 1962, las autoridades quisieron tomar el edificio del seminario para entregarlo al Colegio Superior de Maestros. Wojtyła fue a ver al primer secretario del P.Z.P.R. Lucjan Motyka. Según Szulc era “la primera vez que un obispo polaco iba a ver a un líder comunista por iniciativa propia” (*Opus cit.*, p. 212). Acordaron ambos que el tercer piso del seminario quedase para la escuela de maestros y el resto para los seminaristas. Según Szulc “fue el debut de Karol Wojtyła en la diplomacia” (*Ibidem*, p. 213), y marca una línea de tensión y diálogo más profundo.

³² JUDT, T., *Opus cit.*, p. 845.

³³ Para ver el caso, muy referido en los distintos libros, se puede consultar LECOMTE, B., *Opus cit.*, pp. 55-56.

³⁴ Según afirma el teólogo José Ramón Flecha Andrés en un artículo en VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 3, p. 12.

³⁵ JUAN PABLO II, *Memoria...*, p. 205.

aquí de las causas de la caída del Bloque del Este, ya que existe una muy amplia bibliografía al respecto, pero sí es necesario considerar ciertas claves para poder valorar la importancia de Juan Pablo II en el proceso general, claves que podemos exponer en tres puntos:

3.1. El orden de Yalta

El bloque de Europa oriental se constituyó como parte del imperio soviético con los acuerdos de Yalta y con el Pacto de Varsovia. En este sentido, la U.R.S.S. creó en esta área un espacio de dominación en el que era necesario el mantenimiento del orden establecido, como muestran las intervenciones soviéticas en Hungría y Checoslovaquia en 1956 y 1968 respectivamente. Tras la última de ellas, la U.R.S.S. asumía un papel institucionalizado de gendarme³⁶. Polonia había conseguido un *modus vivendi* con la Unión Soviética, gracias a las negociaciones de M. Kolajczyk y Stalin en torno al reparto de Yalta³⁷. Sin embargo, Polonia sería otra más de las naciones controladas por la U.R.S.S. de modo férreo, siendo el “vértice geográfico del Pacto de Varsovia” que comunicaba la Unión Soviética con la R.D.A.³⁸. Así pues, la independencia polaca era algo imposible dentro del sistema creado en Europa Oriental, aunque las condiciones internas fueran peculiares.

Ante esta situación del Este, Juan Pablo II se opondría frontalmente al reparto acordado por los Aliados en Yalta³⁹, lo que suponía negar en última instancia la legitimidad del “imperio soviético”, algo no tan original en la oposición a la U.R.S.S. cuando ya en 1947 Truman, advertido un año antes por Winston Churchill, había rechazado la condición *de iure* de las negociaciones celebradas en la ciudad del Mar Negro. Este imperio tenía su punto más importante y a la vez más débil en las naciones de Europa Central y Oriental⁴⁰, siendo la más vulnerable Polonia⁴¹. La conclusión que sacamos de todo esto es que la acción de Juan Pablo II en Polonia afectaba a las naciones vecinas y a la propia U.R.S.S., lo cual es un elemento de vital trascendencia para entender la acción del Pontífice (y de tantos otros dentro y fuera de Polonia): la acción, con claro carácter nacional e incluso patriótico de Juan Pablo II respecto a su país no podía dejar de afectar al entorno europeo. Así, la poca capacidad de acción del Papa en muchas zonas del Este se vería compensada por su capacidad en Polonia, que era mucha⁴² (dada su

³⁶ TAIBO, C., *La Unión Soviética (1917-1991)*, Madrid: Síntesis, 1995, p. 178.

³⁷ MIRES, F., *Opus cit.*, p. 88.

³⁸ WEIGEL, G., *Biografía de Juan Pablo II, Testigo de Esperanza*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, p. 382.

³⁹ *Ibidem*, pp. 383-384.

⁴⁰ MIRES, F., *Opus cit.*, p. 78.

⁴¹ HOBBSAWMN, E., *Historia del Siglo XX (1914-1991)*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 482.

⁴² Recordemos que la Iglesia en Polonia tenía mucha influencia. Fermandois (*Opus cit.*) sólo ve otros dos casos (Lituania e Irlanda) donde nación e Iglesia tendían a confundirse (p. 34). No es de extrañar cuando, como indica Jan Ciechanowski (“El totalitarismo comunista en Polonia (1944-1989): su génesis y evolución”, en *Brocar*, Núm. 24 (2000), pp. 93-103) “hay que subrayar la

procedencia y ascendencia sobre el pueblo polaco y su Iglesia, y dada la relativa libertad de acción en el país con respecto a los Estados vecinos), y que repercutía en el resto. Ésta es la clave para entender la trascendencia de la actuación de Juan Pablo II en el conjunto de la Europa oriental.

3.3. El Acta Final de Helsinki

Relacionado con el elemento anterior (Yalta) está el del Acta Final de Helsinki de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (C.S.C.E.) de 1975. Dos importantes puntos de este acuerdo (firmado, entre otros, por la U.R.S.S. y la Santa Sede⁴³) fueron el reconocimiento de las fronteras de la posguerra y el reconocimiento de la necesidad de respetar los derechos humanos, así como el derecho de autodeterminación de los pueblos⁴⁴. De esta manera, la U.R.S.S. veía reconocidas las fronteras de su área de control, pero, como indica Fejtö, el Acta fue una “trampa” al servir a la disidencia (y léase aquí también a la Santa Sede) para exigir unos derechos firmados (lo que permitiría reivindicar independencia nacional, individual, de asociación...). Juan Pablo II atacaría este punto de vulnerabilidad soviético⁴⁵. Helsinki, en este sentido, plantearía una “nueva lógica” en las relaciones Este-Oeste y dentro del bloque con la disidencia⁴⁶.

3.3. La disidencia en Europa del Este

Es necesario considerar los distintos factores que supusieron, ayudaron o dificultaron los pasos hacia el fin de los regímenes comunistas en Europa Oriental. Martín de la Guardia y Pérez Sánchez recogen un esquema propuesto en 1992 por Jean-François Soulet⁴⁷ para entender los factores que contribuyeron o dificultaron el fin del régimen comunista en Europa del Este. Estos autores distinguen así entre elementos internos y externos (que actuarían como catalizadores):

- a) Elementos internos: Como tales tendríamos el Partido Comunista (reformista o inmovilista, más lo primero en Polonia, sobre todo desde la presidencia de Edward Gierek), la disidencia interna (especialmente organizada y fuerte en el caso polaco, aunque como habremos de ver no lo suficiente hasta la llegada de Juan Pablo II al Pontificado en octubre de 1978), la sociedad civil (la parte más inactiva) y la Iglesia (más colaboracionista o más opositora, algo

importancia de la Iglesia católica, que [...] sirvió de amparo y defensa de la cultura y de la literatura polaca” (p. 97).

⁴³ Ambos representados, respectivamente, por Leonid Brézhnev en calidad de Secretario General del PCUS y monseñor Agostino Casaroli como delegado especial del Pontífice Pablo VI.

⁴⁴ “Conference on Security and Co-operation in Europe Final Act”, en *OSCE. Documents 1973 – 1997*, [CD-ROM], [Vienna]: Organization for Security and Co-operation in Europe, [s.d.].

⁴⁵ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 550.

⁴⁶ MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M., PÉREZ SÁNCHEZ, G. A., *La Europa del Este: de 1945 a nuestros Días*, Madrid, Síntesis, 1995, p. 163.

⁴⁷ La obra en cuestión es: SOULET, J. F., *La Mort de Lénine. L'implosion des Systèmes Communistes*, París, Armand Colin, 1991.

muy variable según el caso, como veremos). En este sentido, la acción de Juan Pablo II se inscribe en las condiciones internas de cada país. Así, Polonia reunía un partido en el que acabó imponiéndose la facción reformista y en el cual incluso duros personajes como Gomulka defendieron una Polonia con cierto grado de libertad frente a la injerencia soviética⁴⁸. Frente a ello, tenemos el inmovilismo de Bulgaria o la R.D.A., donde el pontífice apenas actuó de modo palpable. Por otro lado, la disidencia interna contaría desde 1975 con la baza del Acta Final de Helsinki, además de organizarse mejor, y teniendo, según Lecomte, mucha conexión con el cristianismo, se trate de disidentes creyentes o no⁴⁹. Aunque esta idea es muy discutible (es necesario ver los conflictos entre los disidentes tras el triunfo de la democracia, cuando viejos camaradas se enfrentaron tras acceder a cargos de poder, como el caso de Wałęsa y Michnik), lo cierto es que la disidencia de Europa oriental se interrelacionó y tuvo indudables contactos con la Iglesia (o Iglesias), y en concreto con Juan Pablo II, alcanzando la mayor expresión en Polonia⁵⁰ (recordemos que hemos hablado de la relación del arzobispo Wojtyła con la disidencia, labor que precedía a la que hizo ya como Papa).

La sociedad civil era calificada por sociólogos (tales como Jirina Siklova) como la “zona gris”, ya que era menos activa frente al poder. Labor importante de la disidencia sería movilizarla. En este sentido, Juan Pablo II tendría un importante papel, al menos en Polonia, aglutinando a los católicos y dando moral al pueblo con sus famosos viajes. El cuarto elemento interno es la Iglesia. Las distintas Iglesias de la zona comunista (además de otros credos allí existentes, como el musulmán o el judío –en el cual se inscriben disidentes de la talla de Adam Michnik, aunque agnóstico–) tomaron distintas posturas frente a los regímenes en los que les tocó vivir⁵¹. En este sentido, fue la Iglesia polaca la que mejor supo organizarse frente al régimen comunista, con la importancia que tiene el catolicismo en la identidad nacional de la mayoría de los polacos⁵². La Iglesia sería la única institución

⁴⁸ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 115.

⁴⁹ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 104.

⁵⁰ MIRES, F., *Opus cit.*, p. 109.

⁵¹ Para ver una breve, y aún muy discutible exposición, se puede consultar LECOMTE, B., *Opus cit.*, pp. 101-137. Aunque el autor exagera las afirmaciones (una constante en su libro) sí presenta una síntesis fundamentada en toda una serie de datos. De su lectura se saca que, en el caso de los protestantes checos y alemanes (además de algunos húngaros) hubo grupos adictos al Partido, pero también grupos disidentes de importancia cualitativa. Para el caso ortodoxo no hay tanto equilibrio, pues la balanza se decanta a favor de, si no colaboración, sí “neutralidad”. En las Jornadas *Revolución y Cotrarrevolución. Una mirada crítica 90 años después, 5 y 6 de febrero de 2007*, en la conferencia titulada “Los Soviets y la Iglesia Ortodoxa” el pope ruso ortodoxo Andrei Kórdochkin quiso poner de relieve la disidencia ortodoxa rusa. Mostrando notables ejemplos, no fue más allá de anécdotas, salvo para el caso de la Iglesia en el exilio. Como vemos, fue la Iglesia liderada por Juan Pablo II la que en Europa del Este, como bloque, tuvo mayor repercusión. No obstante, el mismo libro de Lecomte pone de relieve los grupos católicos que colaboraron con el Partido, destacando los primados húngaros, y el primado checo Tomášek hasta cierto momento.

⁵² MIRES, F., *Opus cit.*, p. 116.

que contaría con redes locales y que podría dar refugio a los disidentes⁵³. En este sentido, Juan Pablo II actuó con variable influencia según la situación de la Iglesia católica en la zona, como veremos más adelante.

- b) Los elementos externos: Los elementos externos a los que Soulet hace referencia fueron la Santa Sede, el bloque occidental (entiéndase principalmente E.E.U.U.) y la U.R.S.S. En lo referente a la Santa Sede, Martín de la Guardia y Pérez Sánchez hacen notar que “todos los especialistas hacen hincapié en la importancia decisiva que ha tenido el pontificado de Juan Pablo II en la evolución de los acontecimientos de la zona”⁵⁴, que es precisamente lo que pretendemos dilucidar en este pequeño trabajo. Sea o no cierta esta afirmación lo cierto es que la Santa Sede trabajó mucho, en la diplomacia y la pastoral, en Europa del Este defendiendo los intereses de la Iglesia y, *a fortiori*, los intereses nacionales allá donde la Iglesia era un signo de identidad (muy claro en el caso de Polonia, pero también en el de Ucrania con el caso uniata o el lituano), o de distintos grupos (la disidencia, sindicatos libres...), contrapuestos a los intereses de la Unión Soviética y sus regímenes afines.

Pero la acción de la Iglesia se inserta en la acción de otros factores externos, como fueron el bloque occidental y la Unión Soviética. En Occidente estamos en el momento del neo-liberalismo, en el momento del “realismo” de Reagan o Thatcher⁵⁵, en lo que no nos detendremos, pero sí cabe recordar que fueron precisamente estos gobiernos los que, ante la debilidad soviética, adoptaron una política de presión y dureza con respecto a la U.R.S.S. En cuanto a ésta, además de ir en declive en el campo económico e interno, en el exterior pasaba por un momento de fracasos como la guerra en Afganistán. Sin embargo, resultaba esencial un cambio en la Unión Soviética para que se produjeran cambios en Europa del Este, y sabemos qué importancia tuvo en ello Gorbachov, como veremos más adelante.

Como conclusión a este apartado de los factores internos y externos debemos decir que Polonia y Hungría serían los casos más interesantes⁵⁶, es decir, el principal solar de los cambios. La influencia de Juan Pablo II sería enorme en el sustrato polaco, pero hemos de computar también la organización de la disidencia y la menor pasividad del pueblo, además de un partido más abierto (quizá por la fuerza de las circunstancias). Pero más esclarecedor que la consideración de estos elementos, es considerarlos en unidad. A este respecto Mires afirma que Iglesia, K.O.R. y *Solidarnosc* eran “tres entidades distintas y una sola revolución”,

⁵³ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 342.

⁵⁴ MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M., PÉREZ SÁNCHEZ, G. A., *Opus cit.*, p. 116.

⁵⁵ LECOMTE, B., *Opus cit.*, pp. 19-20.

⁵⁶ SANDOVAL PINILLOS, L. M., *Cuando se rasga el Telón: ascenso y caída del Socialismo Real*, Madrid, Speiro, 1992, p. 152.

formando una alianza en la que ninguna de las partes se alzó en hegemonía⁵⁷. Esto no pasaría en Hungría, donde la jerarquía mostraría mayor colaboración con el gobierno, frente a un pueblo sin embargo más reaccionario.

Como vemos, la acción de Juan Pablo II y la Iglesia que encabezaba debe entenderse en este contexto, en el que no deja de ser un destacado factor según los distintos autores.

4. LOS ACONTECIMIENTOS: LA ACCIÓN DE JUAN PABLO II EN EUROPA DEL ESTE

Pasemos a ver y valorar la acción de Juan Pablo II en el proceso de transición política en el Este, habiendo visto por encima quién era Juan Pablo II y el contexto histórico general.

4.1. La toma de posturas: 1979-1981

4.1.1. La elección del Pontífice y las primeras reacciones

El 16 de octubre de 1978 Karol Wojtyła fue elegido Papa. Su elección fue novedosa al tratarse de un cardenal relativamente desconocido, joven y el primero no italiano en 455 años. Sin embargo, la mayor novedad fue quizá su procedencia: era un Papa eslavo de la Europa oriental, algo muy significativo en los tiempos del régimen comunista en Europa del Este (tiempos, no obstante, de casi sesenta años de duración hasta el momento). Pero esta repercusión hay que matizarla. A veces se ha presentado su elección como Pontífice como un signo apocalíptico para los gobiernos comunistas y la alta esfera soviética. Pero, sin llegar a esta valoración exacerbada, ya el mismo Juan Pablo II dio a sus primeras palabras un claro sentido histórico: surgía un Papa de una Europa sometida al régimen comunista. Lo cierto es que para los dirigentes soviéticos la elección fue una “sorpresa total”⁵⁸.

Las reacciones fueron diversas, pero la nota general fue la de optimismo. La reacción del pueblo polaco fue de gozo⁵⁹, así como las expectativas de disidentes como Solzhenitsin⁶⁰, además de convertirse pronto en un estímulo para la zona del Este⁶¹, aunque hay que pensar en una reacción heterogénea (así, en Rusia –de tradición ortodoxa– apenas tuvo eco), lo cierto es que conmovió a la opinión europea oriental.

⁵⁷ MIRES, F., *Opus cit.*, p. 110.

⁵⁸ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 283.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 284.

⁶⁰ Para ver una declaración suya se puede consultar VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 1, p. 21. En ella, el famoso disidente autor de la trilogía *Archipiélago Gulag* apunta, en 1978, la importancia del nuevo pontificado para intervenir en Europa del Este (y en Occidente, señalando el problema del relativismo moral), aunque no deja de ser muy genérico y distante en sus apreciaciones.

⁶¹ HOBSBAWMN, E., *Opus cit.*, p. 482.

Se ha dicho que Juan Pablo II creó expectativas tal como hizo Pío IX⁶², presentando al Pontífice como un elemento de diálogo con los Gobiernos de Europa oriental, contraponiéndolo a veces a Wyszyński o a Papas precedentes. Pero Juan Pablo II no se desvincularía de ninguno de ellos. Entre las autoridades del Este europeo, hubo una manifestación aparente de agrado⁶³. Así, el entonces dirigente polaco Edward Gierek se mostró (al menos declaró posteriormente) optimista, hablando de “un gran acontecimiento para el pueblo polaco”, y del mismo modo su compatriota Mieczysław Rakowski (otro destacado miembro del Partido) dijo que “la elección era un motivo de orgullo para todo polaco”⁶⁴.

Sin embargo, Weigel habla de una alarma entre los dirigentes soviéticos “más perspicaces”. Muestra de ello es (como sigue refiriendo Weigel) la actitud del entonces dirigente del KGB Yuri Andropov, que encargó un informe sobre el acontecimiento, que se interpretó en éste como una conspiración germano-norteamericana para poner un Papa que desestabilizara Polonia y luego el resto del bloque⁶⁵. El mismo Gierek afirmó que la elección de Juan Pablo II fue “una gran complicación para nosotros”⁶⁶, frase que se puede interpretar como la creación de un nuevo punto de desencuentro entre un partido polaco más abierto y otro soviético más inmovilista en torno a la actitud respecto al nuevo Pontífice, y no tanto en referencia a la relación con el mismo. Ciertamente, Gierek tendría al respecto desencuentros con Brezhnev. Según Rakowski, sólo tras el viaje del Papa en 1979 a Polonia los dirigentes de este país verían el peligro⁶⁷.

Ya desde el primer momento de su elección Juan Pablo II pensó en su actuación respecto a Polonia. Su sermón inaugural del 22 de octubre fue un “llamamiento inequívoco”⁶⁸, con un carácter programático de su labor evangelizadora (en la que se incluye la diplomática), en especial respecto al este de Europa⁶⁹. Ya el propio viaje a México (el primero de todos) lo planteó el Papa como antesala al de Polonia⁷⁰. Por otro lado, manifestó desde el principio su voluntad de atender la Iglesia del Este. Diez días después de su elección declaró “la Iglesia del este ha dejado de ser la *Iglesia del Silencio*, porque el Papa habla en su nombre”⁷¹.

⁶² SANDOVAL PINILLOS, L. M., *Opus cit.*, p. 181.

⁶³ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 12.

⁶⁴ SZULC, T., *Opus cit.*, pp. 284-287.

⁶⁵ WEIGEL, G., *Opus cit.*, pp. 380-381.

⁶⁶ SZULC, T., *Opus cit.*, pp. 284-285.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 287.

⁶⁸ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 405.

⁶⁹ MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M., PÉREZ SÁNCHEZ, G. A., *Opus cit.*, pp. 208-209. Así se desprende de sus palabras: “¡Abrid, abrid de par en par, las puertas a Cristo! [...] abrid los confines de los Estados, los sistemas económicos al igual que los políticos, los amplios campos de cultura, de civilización, de desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo Él lo sabe!” Disponible en:

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/homilies/1978/documents/hf_jp-ii_hom_19781022_inizio-pontificato_sp.html [9/02/2011]

⁷⁰ JUAN PABLO II, *¡Levantaos!...*, p. 59.

⁷¹ Citado en VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 3, p. 55.

Desde Juan XXIII se ha hablado de la existencia de una *Ostpolitik* vaticana. Los resultados fueron relativamente palpables. Para autores como Tad Szulc Juan Pablo II continuó la línea diplomática precedente (aunque de forma más enérgica)⁷², pero para autores como George Weigel, Bernard Lecomte o Tony Judt, Juan Pablo II cambió hacia una mayor confrontación. El debate está abierto, pero lo cierto es que el nuevo Papa mantuvo a Agostino Casaroli (experimentado diplomático para Europa del Este desde el Pontificado de Pablo VI) encargado de la diplomacia vaticana. Para este personaje, lo sucedido en Europa del Este responde a una política seguida desde Juan XXIII⁷³, idea bastante fundada. No obstante, Juan Pablo II introduciría novedades como el logro de poner al Vaticano de modo pleno en el panorama de discusión internacional y el reconocimiento de la legitimidad de la República Popular de Polonia⁷⁴. Aquí se puede incluir al resto de Estados del Este, aunque no se formalizarían las relaciones con ellos. No obstante, dar una legitimidad a los Estados comunistas europeos (otra cosa es el sistema político) suponía un paso en las relaciones de éstos con el Vaticano y la actuación de éste en estos lugares, así como la actitud de los regímenes comunistas respecto a la Iglesia en sus países.

4.1.2. El viaje de 1979 y el nacimiento de *Solidarność*

Juan Pablo II manifestó su interés, desde el principio, por viajar a Polonia. En este sentido, el entonces dirigente de Polonia, E. Gierek, también consideró desde un inicio que se le plantearía un viaje. Juan Pablo II iniciaría su gran actividad viajera, que Frossard llamó “cambio de estrategia” en la labor evangelizadora y apostólica⁷⁵, y que su sucesor Benedicto XVI ha mantenido. Esta nueva estrategia se aplicó claramente en Europa oriental. En efecto, el viaje causó en Polonia un “éxtasis nacional”⁷⁶.

Además, la fecha del viaje coincidía con el 900 aniversario del martirio de un predecesor de Juan Pablo II en la Sede de Cracovia, San Estanislao de Szczepanow, patrón de Polonia, muerto a manos del rey Boleslao II en 1079, lo que no dejó de compararse con la situación de la Iglesia en Polonia a la altura de 1979, donde un sucesor del mártir y ahora Papa defendía la libertad de la Iglesia y la fe del pueblo polaco frente a un nuevo gobierno tiránico. Fue éste un símbolo que no dejó de utilizarse. Con ello, además, se vinculaba la nación polaca al catolicismo. El viaje fue seguido por 10 millones de polacos, bien de modo directo o por televisión y radio, a pesar de la censura del Gobierno. Como consecuencia más dañina para éste, parecía que Juan Pablo II absorbía la legitimidad: era a través de él y no del Partido por quien hablaba el pueblo, y al

⁷² SZULC, T., *Opus cit.*, p. 283.

⁷³ *Ibidem*, pp. 810-811.

⁷⁴ *Ibidem*, pp. 283-285.

⁷⁵ FROSSARD, A. (Ed.), *Opus cit.*, p. 213.

⁷⁶ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 299.

que el pueblo aclamaba. Fernandois plasma este sentimiento con las siguientes palabras:

“La expresión de las multitudes apretujadas en todas partes demostró que la tesis poco creída, pero formalmente sostenida por el régimen, de que el socialismo (marxista) era la nueva realidad esencial de Polonia y el catolicismo una reliquia histórica, que se la “respetaba” por ser parte de la historia, porque el socialismo es tolerante..., que todo esto era la más pura falsedad. Era exactamente al revés, el socialismo del régimen constituía un cuerpo extraño, tolerado casi por inercia por la sociedad polaca. En cambio, el catolicismo y su Iglesia constituían símbolos vivos —como casi en ningún otro país de la tierra— del sentido de nación de Polonia”⁷⁷

El viaje de nueve días fue muy intenso⁷⁸. En él Juan Pablo II desplegó una serie de sermones y discursos que eran verdaderos tratados que vinculaban la historia de Polonia⁷⁹ con el cristianismo, sin hablar expresamente sobre la realidad contemporánea, pero, según un reportero norteamericano presente en Częstochowa toda palabra y gesto del Papa tenía “connotaciones políticas en este marco”⁸⁰. Juan Pablo II reclamó así la libertad religiosa y la identidad cristiana, pero también el derecho de Polonia a ser independiente. Todo esto mereció al Papa que el *Trybuna Ludu* (el periódico del Partido comunista polaco) dijera que era “difícil distinguir dónde termina la labor pastoral y dónde empieza la política”⁸¹.

Como consecuencias del viaje podríamos hablar de la galvanización de las masas católicas y el giro en el talante de la oposición⁸². En este sentido, Michnik (importante disidente polaco) habló del viaje como una “lección de dignidad”⁸³. Juan Pablo II colaboraría así en levantar al pueblo de su letargo, que él tanto criticaba⁸⁴: la irrupción del Papa en el cerrado bloque oriental era en definitiva como una bocanada de aire fresca y la primera contestación a la ley del silencio. Aunque se pueda discrepar de todo esto, creo que es indudable el efecto psicológico que el viaje tuvo. En este sentido, Juan Pablo II ayudó a una movilización de la sociedad civil y quizá también de la oposición, factores internos tan importantes, como ya vimos en la primera parte a propósito del organigrama de Soulet. Vemos aquí la importancia del espíritu humano que atrás

⁷⁷ FERMANDOIS, J., *Opus cit.*, p. 37.

⁷⁸ Para ver una relación de él puede consultarse WEIGEL, G., *Opus cit.*, pp. 416-435.

⁷⁹ Para leer cualquiera de los documentos puede acudir a www.vatican.va, en la sección de Archivo de los Pontífices, donde se contiene todos sus escritos.

⁸⁰ Citado en SZULC, T., *Opus cit.*, p. 302.

⁸¹ *Ibidem*, p. 301. Para una valoración más justa de esta declaración, no debemos equiparar a la actitud de *Trybuna Ludu* con su “homónimo” soviético *Pravda* ya que, como indica Mercedes Herrero de la Fuente (*El papel...*), el periódico comunista polaco vivió en los 60 y 70 más aperturismo y una actitud más crítica respecto a los problemas de Polonia y del Bloque (p. 68), algo que no puede decirse de *Pravda*.

⁸² MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M., PÉREZ SÁNCHEZ, G. A., *Opus cit.*, p. 88.

⁸³ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 437.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 439.

hemos tratado⁸⁵, junto a factores de índole económica o geopolítica, que a veces son los únicos contemplados en los análisis históricos y no explican todo por sí mismos.

En el momento del viaje y tras él, Polonia vivía una situación de crisis económica. En este marco se darían la huelga de los astilleros Lenin en Gdańsk del 14 al 31 de agosto de 1980, un año después del viaje, y que desembocaría en la creación del sindicato *Solidarność*. Las causas fundamentales de la huelga hay que verlas en la situación económica⁸⁶, y se añadía a otras que se habían dado años atrás. Sin embargo, se puede apreciar la influencia del viaje del Papa. Esta influencia se daría en el aspecto psicológico e ideológico. En las vallas de los astilleros se pusieron retratos del pontífice y de la Virgen de Czestochowa, icono nacional. Aunque esto no resulte extraño en un país tradicionalmente católico, nos muestra el prestigio del Pontífice y la valoración favorable que se tenía de él, llegando a convertirse en imagen e icono para la disidencia, algo que éste tenía a su favor a la hora de actuar.

Sin embargo, para Rakowski el viaje del Papa no supuso influencia alguna⁸⁷. Tal afirmación puede considerarse excesivamente tajante. Algunos autores hablan de la visita del Papa como un elemento externo no necesario pero que aceleró los acontecimientos⁸⁸, o como un elemento que eliminó el peso del sentimiento de humillación (ante la opresión dictatorial) que sufrían los polacos⁸⁹. En este sentido, Lech Walesa ha afirmado que el Papa “aceleró” los acontecimientos. Asimismo, Walesa ha declarado que sin la Iglesia no existiría *Solidarność*⁹⁰. No obstante, también es cierto que Walesa fue a su vez acusado de clericalismo dentro del Sindicato (muy heterogéneo en sus componentes). Según Szulc, la visita del Papa y la huelga sí están vinculadas, dando el Pontífice sensación de amparo a los obreros⁹¹. Hay por tanto discrepancia a la hora de valorar la influencia de la visita y posicionamiento de Juan Pablo II. En mi opinión, la valoración de Szulc es bastante acertada, estableciendo una relación de influencia aunque no de determinismo, pero sin pensar por el contrario que la influencia fue nula o mínima. Lo difícil puede ser en realidad calibrar la influencia, y lo cierto es que Juan Pablo II, de modo velado, y ya desde el principio, defendió las reivindicaciones de los huelguistas, como mostró en la emisión de Radio Vaticano del 27 de agosto de 1980⁹², secundando con ello las protestas de los astilleros, un hecho cuya importancia creo está fuera de toda duda.

⁸⁵ Ver en especial la nota 3.

⁸⁶ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 149.

⁸⁷ De una entrevista de Szulc a Rakowski (ver SZULC, T., *Opus cit.*, p. 306).

⁸⁸ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 304.

⁸⁹ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 440.

⁹⁰ KARAMEHMEDOVIC, A. (Dir.): [Recurso electrónico DVD], *Juan Pablo II: La Conciencia del Mundo*, Barcelona, S.A.V. Editora, 2003.

⁹¹ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 339.

⁹² WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 543.

Sea como fuere, lo cierto es que tres días después del apoyo de Juan Pablo II se firmarían los acuerdos de Gdańsk del 30 de agosto de 1980 entre el Partido y el sindicato libre *Solidarność*, cuyo líder, Lech Wałęsa, firmaría el acuerdo con un bolígrafo con la efigie del Papa. El 10 de noviembre se legalizaría el Sindicato, aceptando éste el carácter dirigente del Partido⁹³. Sin embargo, a nadie escapaba que se había formado una asociación de obreros independiente del Partido Comunista y los Sindicatos oficiales, algo sin precedentes en el mundo comunista del Este y que minaba la propia legitimidad del régimen y su poder absoluto. En este sentido, la importancia de *Solidarność* en la liberalización de esta parte de Europa es indudable. Juan Pablo II afirmó que este sindicato “condujo a la caída del sistema totalitario en el Este, no solo en Polonia, sino también en los países vecinos”⁹⁴. Sea o no cierta esta afirmación (indudablemente al menos parte de verdad tiene), y aún hecha *a posteriori* de los acontecimientos, muestra la importancia que dio Juan Pablo II al sindicato, lo que explica su inequívoco apoyo. Así, de ser cierto, por un lado, la importancia de *Solidarność* para la liberalización del Este y, por otro, la importancia de Juan Pablo II en el nacimiento del sindicato (como aglutinante o apoyo moral o psicológico) y en su desarrollo (tesis que me parecen completamente acertadas) la importancia del Papa en los asuntos del Este está a mi parecer fuera de toda duda.

4.1.3. Las relaciones con la U.R.S.S. y con EE.UU.

La actuación de Juan Pablo II en Europa Oriental no podía dejar indiferentes a las potencias de la Guerra Fría. Esto no quiere decir que la diplomacia de estos países en torno al problema del Este girara en torno al Pontífice, pero es evidente que hubo una cierta preocupación o al menos atención por parte de los dos gigantes mundiales.

Como ya hemos indicado, la U.R.S.S. actuaba como gendarme en Europa Oriental, cortando tajantemente todo intento de apertura “audaz”. La relación de Juan Pablo II con la U.R.S.S. tuvo dos fases: la época Brezhnev-Andropov-Chernenko y la época Gorbachov. En la primera las relaciones fueron distantes y tensas. Se encontró, después de 1994, un documento del 13 de noviembre de 1979, del Secretario del Comité Central soviético, con un plan de seis puntos para luchar contra el Vaticano⁹⁵. En 1979 Brezhnev telefoneó a Gierek para evitar el viaje del Papa, diciéndole al parecer: “tienes una *Kontra* [contrarrevolución] en las manos [...] os ayudaremos”⁹⁶, pero Gierek rechazó ese alarmismo y aquella “ayuda” (que debe entenderse por una intervención, de la naturaleza que fuera), aunque la “doctrina Bezhnev” de vigilancia sobre el bloque nunca fue cuestionada desde Varsovia⁹⁷.

⁹³ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 91.

⁹⁴ JUAN PABLO II, *Memoria...*, p. 170.

⁹⁵ Para ver los seis puntos de ataque propagandístico e ideológico contra el Papa se puede consultar SZULC, T., *Opus cit.*, pp. 307-309.

⁹⁶ Citado por SZULC, T., *Opus cit.*, p. 341.

⁹⁷ HERRERO DE LA FUENTE, M., *Opus cit.*, p. 62.

Pero el dirigente polaco no logró tranquilizar a sus aliados. Al parecer, Honecker instó a Brezhnev a una intervención⁹⁸. Del mismo modo, en Moscú se formó un “Estado Mayor de Crisis” para tratar el problema polaco⁹⁹. A esto se añadió, el 1 de diciembre de 1980, el despliegue de tropas del Pacto de Varsovia en maniobras en la R.D.A.¹⁰⁰, que se interpretó como una amenaza. Ya a finales de agosto Juan Pablo II escribió a Brezhnev instándole a no intervenir, como volvería a hacer el 16 de diciembre en un tono muy duro¹⁰¹. El pontífice reaccionaba enérgicamente y atacaba los fundamentos de la política exterior soviética respecto a Europa del Este, política en la que se había desenvuelto su acción episcopal¹⁰². Además, Juan Pablo II no sería el único en desplegar la diplomacia contra Brezhnev: EE.UU. le advirtió de “gravísimas consecuencias”¹⁰³.

En este punto es importante detenerse para ver la relación de Juan Pablo II con Washington. Ha quedado claro que, durante la Guerra Fría, EE.UU. ha colaborado con la oposición en Polonia, incluso recurriendo al encubrimiento del mundo eclesiástico o al militar, como fue el caso del agente encubierto Coronel Ryszard Kukliński. El Gobierno norteamericano, por otro lado, mantuvo desde el principio del Pontificado contactos con el Pontífice. Así, Zbigniew Brzeziński (Consejero de Seguridad Nacional de EE.UU. con Jimmy Carter) ya advirtió al Papa de las maniobras soviéticas y de un supuesto intento de ataque en Polonia¹⁰⁴. Las relaciones se intensificarían con Ronald Reagan. Según Weigel, ambos dirigentes tenían mismas convicciones y Richard Allan, ayudante del presidente norteamericano, afirmó que éste quiso, desde 1979 (antes de ser elegido), mantener al corriente de la situación al Pontífice¹⁰⁵. Ya en junio de 1982 Reagan y Juan Pablo II mantuvieron una reunión en la que se cuestionó el orden de Yalta, si es que cabía cuestionarlo más. Estas relaciones han hecho pensar a muchos en la idea de un Pontificado político y una alianza Washington-Vaticano. Weigel rechaza tal idea, afirmando que el Pontífice ya tenía trazada su propia política diplomática¹⁰⁶. Szulc, en esta línea, señala que Juan Pablo II siempre agradeció (y aceptó) la información que le diera los Servicios de Inteligencia norteamericanos, pero él ya tenía al respecto sus propios canales de información¹⁰⁷. Así, por ejemplo, Washington no supo en un principio la comunicación que Juan Pablo II y Jaruzelski mantuvieron cuando éste llegó al poder en Polonia¹⁰⁸. La idea de una

⁹⁸ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 546.

⁹⁹ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 341.

¹⁰⁰ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 153.

¹⁰¹ Se puede ver reproducida de modo íntegro la carta en WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 549. En ella se defiende a *Solidarność* y se apela al Acta Final de Helsinki, además de equiparar en lo moral, de modo indirecto, una eventual intervención en Polonia con la ocupación nazi.

¹⁰² FERMANDOIS, J., *Opus cit.*, p. 35.

¹⁰³ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 548.

¹⁰⁴ VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 3, p. 36.

¹⁰⁵ WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 594.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 595.

¹⁰⁷ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 373.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 374.

Santa Alianza entre Washington y Roma molestó en ésta y en Polonia. Pero, desde luego, la afinidad entre ambas instancias se mostró como algo muy importante para actuar sobre Europa oriental.

Lo que podemos concluir es que la U.R.S.S. no mantuvo relaciones fluidas ni amistosas con Juan Pablo II (siendo Ministro de Exterior en aquel momento Andrei Gromyko), a diferencia de Estados Unidos. Por otro lado, es difícil calibrar si EE.UU. ofreció sus medios a la política vaticana o si buscaba emplear a esta misma en sus proyectos. Que esto fuera así, la medida de ello, y que el Vaticano “cayera en la trampa” son cosas abiertas a debate. Vistos los pasos dados y la dinámica que aquí tratamos, creo que Vaticano y Estados Unidos, si bien colaboraron, actuaron por canales de acción independientes entre sí.

En este apartado podemos referirnos al controvertido tema del atentado que el Pontífice sufrió el 13 de mayo de 1981. A este respecto, ni Juan Pablo II ni el ejecutor del atentado (Mehmet Alí Ağca) han dicho mucho, salvo una idea de protección divina por el Papa y toda una serie de incoherencias por Ağca. Lo cierto es que éste no actuó solo. Ha habido muchas teorías sobre el atentado¹⁰⁹. Una muy arraigada es la idea de una actuación del servicio de inteligencia búlgaro a instancias de la K.G.B. de Andropov. Si esto fuera cierto mostraría hasta qué punto Juan Pablo II era un enemigo y una amenaza para los soviéticos y mostraría que éstos sí le daban gran importancia, pero el debate está abierto. Por otro lado, algunos autores rechazan tal idea, diciendo que la muerte del Papa podía exasperar los ánimos en Polonia, algo contraproducente en aquellos momentos.

4.2. La actuación de Juan Pablo II en el desmoronamiento de los regímenes comunistas (1981-1991)

4.2.1. La actuación de Juan Pablo II en los años 80

Los años 80 son los años del definitivo estancamiento del régimen comunista en Europa Oriental, que desembocaría en la caída del Muro de Berlín, la independencia de las naciones del Este y su democratización (de modo muy heterogéneo y relativo según los casos) y la desintegración de la Unión Soviética. Veamos la intervención de Juan Pablo II en un proceso que contaba con sus propias dinámicas, como hemos visto en el apartado del contexto histórico:

a) Polonia:

Polonia es sin duda el país pionero en el proceso y el originario del Papa. Éste no dejó de actuar como polaco y con especial interés en su nación. Cuando decimos que Polonia fue el país pionero hemos de considerarlo a todos los niveles, desde el mismo partido comunista a la oposición y la Iglesia. En efecto, Polonia “asume

¹⁰⁹ Para ver las distintas teorías se puede consultar SZULC, T., *Opus cit.*, pp. 357-363; LECOMTE, B., *Opus cit.*, pp. 159-161; VELASCO, M. A. (Dir.), *Opus cit.*, pp. 23-24.

en los setenta la imagen de país más abierto del bloque socialista, encarnada por Hungría y Checoslovaquia en la década anterior”¹¹⁰. Así, merecería este trabajo tratar la evolución interna de la democracia popular de Polonia, pero nos desviaríamos y extenderíamos en exceso. Baste indicarlo, pues es esencial para entender la dinámica polaca, y cómo ésta no se debió sólo a la oposición y a la Iglesia.

1981 ha sido llamado el “año negro”¹¹¹, en el que el Papa fue herido por Ağa, Wyszynski murió y Wojciech Jaruzelski llegó a la jefatura del Gobierno y más tarde del Partido, instaurando en la noche del 12 al 13 de diciembre de 1981 el Estado de Guerra. Las razones de tal medida hay que buscarlas en la presión de *Solidarność* con sus huelgas y su frontal oposición al marco del régimen (que llegó a inquietar a la Iglesia¹¹²) y en la reacción de Moscú. Ciertamente, *Solidarność* se convirtió en una poderosa fuerza, incompatible con el sistema de Yalta (o más bien, el monolitismo soviético en Europa del Este) y con los límites establecidos en la dictadura comunista. Según Jaruzelski, Moscú instó a la instauración del Estado de Guerra bajo amenaza de invadir Polonia¹¹³. La actitud de Andropov, Kulikov o Ustinov corroboran esta versión¹¹⁴. El nuevo primado de Polonia, Józef Glemp, Lech Wałęsa y Jaruzelski no habían podido llegar a un acuerdo en los meses precedentes. Juan Pablo II reaccionó con preocupación, escribiendo a Jaruzelski y emitiendo mensajes desde el Vaticano. Juan Pablo II decidió, en este contexto, no retirar su apoyo a *Solidarność* (cuyos dirigentes estaban presos y en paradero desconocido en un principio) y criticando al gobierno el abandonar el diálogo¹¹⁵. Jaruzelski vio necesaria la ayuda de la Iglesia para la normalización, convirtiéndose ésta en “socio político”¹¹⁶.

El Papa y Jaruzelski mantendrían una relación epistolar intensa. Este acercamiento se daría con posteriores reuniones y los viajes apostólicos a Polonia en 1983 (con presos políticos aún) y en 1987. En estos viajes Juan Pablo II apoyó sutilmente a *Solidarność*, la libertad religiosa y la independencia de Polonia. Por otro lado, exigió ver a Wałęsa: con este acto se buscó “resucitar” al dirigente y fortalecer al sindicato bajo su liderazgo¹¹⁷. En este periodo se generalizaría un eslogan lleno de significado, sobre las mismas palabras del Papa, de “no hay

¹¹⁰ HERRERO DE LA FUENTE, M., *Opus cit.*, p. 62.

¹¹¹ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 162.

¹¹² En este sentido, Wyszynski instó en 1980 a los huelguistas a la tranquilidad, algo que no gustó a Juan Pablo II. Realmente, la sede de Varsovia, primero con Wyszynski y luego con Glemp sería partidaria de mayor cautela, mientras que el Vaticano fue más audaz. Ejemplo de ello es el recelo de Glemp por Popiełuszko frente al apoyo y simpatía que le deparaba Juan Pablo II.

¹¹³ Citado por WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 555.

¹¹⁴ Para ver los movimientos soviéticos se puede consultar WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 553; SZLUC, T., *Opus cit.*, p. 369.

¹¹⁵ Citado en LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 169.

¹¹⁶ SZLUC, T., *Opus cit.*, p. 363.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 389.

libertad sin solidaridad”¹¹⁸, palabra ésta muy usada en los discursos del Pontífice con un evidente doble sentido.

Sin embargo, Juan Pablo II y Jaruzelski mantendrían una relación que llegaría a la simpatía y confianza¹¹⁹, aún con numerosos desacuerdos y desencuentros, pero que lograrían crear en Polonia un clima de diálogo que permitiría la relegalización de *Solidarność* (tras su disolución el 8 de octubre de 1982) y una transición hacia la democracia de modo parecido al español¹²⁰. Es preciso repetir aquí lo que se dijo al principio del texto: Juan Pablo II, ya como arzobispo de Cracovia, vino a reconocer la legitimidad al gobierno comunista polaco, y esto fue la base para el diálogo y la solución de los problemas que en este momento cuajaban, aunque, paradójicamente, llevarían al fin del propio régimen¹²¹. En este proceso, se dio un forcejeo en el que el Papa apoyó el sindicalismo libre y no ahorró críticas al régimen que valieron la protesta de Jaruzelski. No obstante, éste afirmaría más tarde que “el papel del Papa en la transformación que se produjo en Polonia [...] en todo el bloque es enorme”¹²².

b) La Unión Soviética:

Juan Pablo II actuó aquí de modo muy limitado, en un área de poca presencia del catolicismo y de un recelo ruso ante lo polaco, así como de un gobierno realmente hostil y fuerte, al menos en el plano interno. No obstante, Juan Pablo II peleó mucho por el asunto uniata en Ucrania y la ayuda a la Iglesia lituana, en un momento en el que la vida religiosa en estas zonas se intensificó¹²³.

En Ucrania se dio una notable tensión por tal actuación, con los soviéticos por un lado, y con los ortodoxos por otro (tras haberse declarado, a instancia de Stalin, la unificación de la Iglesia Uniata con la moscovita en 1946, algo rechazado frontalmente por los sucesivos Papas, incluido Juan Pablo II). Esto le valió el comentario de *Noticias de Moscú* de que el Vaticano “intenta siempre utilizar el supuesto problema uniata para inmiscuirse en los asuntos internos de la U.R.S.S.”¹²⁴. Poco podía hacer el Papa dentro de la Unión Soviética, pero el apoyo a la Iglesia Uniata era peligroso para aquélla, ya que suponía un apoyo al nacionalismo ucraniano y a la libertad religiosa, atacando fundamentos del

¹¹⁸ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 240.

¹¹⁹ SZULC, T., *Opus cit.*, p. 385. Cuenta Szulc, por ejemplo, que, a finales de los 80, ante un comentario crítico a Jaruzelski, Juan Pablo II cortó diciendo: “Por favor no critiquéis al general en mi presencia, Se ha echado un enorme saco de piedras a la espalda” (p. 385).

¹²⁰ HOBBSAWMN, E., *Opus cit.*, p. 483.

¹²¹ Pensemos en el caso español, cuya comparación hemos mencionado. En efecto, tras la muerte de Franco la “otra España” pudo volver a la vida pública e institucional, pero asumiendo un diálogo con el poder establecido durante cuarenta años, que pudo ser asumido (al menos en parte) en su propia extinción como régimen. No obstante, hay que señalar aquí la diferencia de que la Iglesia española no ocupaba el mismo papel que en Polonia, aunque su papel no fuera anecdótico.

¹²² HOBBSAWMN, E., *Opus cit.*, p. 483.

¹²³ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 324.

¹²⁴ Citado en LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 334.

régimen totalitario soviético. Desde inicios de su Pontificado, Juan Pablo II ofreció su ayuda a Iósif Slipyi, obispo uniata exiliado, y pidió a A. Gromyko la libertad religiosa desde el primer momento.

En la época de Gorbachov, Juan Pablo II intervendría activamente en la celebración del Milenario de la conversión al cristianismo de la Rus' de Kiev. Además, el disidente Sájarov resolvió definitivamente, tras el consejo del Papa, aceptar el puesto en el Congreso del Pueblo que se le había propuesto y donde representaría al movimiento reformador¹²⁵.

Por otro lado, Juan Pablo II apoyaría con numerosos signos al pueblo lituano, tan vinculado al polaco (en el periodo soviético muchos libros prohibidos llegaban desde Polonia a Lituania). Ya como obispo en Polonia se carteaba con el Padre Aliulas, uno de los fundadores del movimiento independentista Sajudis¹²⁶. Ya como Papa, nombró en puestos relevantes a prelados lituanos exiliados (como Audrys Backis) o recluidos en Siberia (como Sladevicius). Como señaló el Padre Svarinkas “comprendimos que a partir de ese momento [1978] estábamos protegidos por Roma”¹²⁷. Por otro lado, el disidente no creyente Nytautas Landsbergis acogió esperanzado al nuevo Papa.

b) Hungría y Checoslovaquia:

En estos países la acción del Papa fue más limitada, con una Iglesia entre la disidencia y la colaboración con los regímenes (con prelados como monseñor Lekai o el movimiento *Pacem in Terris*). Juan Pablo II actuó excluyendo a la jerarquía llamada colaboracionista (o menos militante, según se quiera ver) y nombrando nuevos prelados¹²⁸. Importante sería la conversión que, en buena medida, operó el Papa en František Tomášek, arzobispo de Praga, en un prelado claramente militante, colaborando con Václav Havel o Alexander Dubček. Según Havel Juan Pablo II fue indispensable en la revolución de las conciencias que llevaron a la caída pacífica de las dictaduras del Este¹²⁹. Detrás de esta afirmación está la idea de la labor de colaboración de la disidencia, que actuó junto al Papa y en un apoyo entre disidencias de distintos países. En Hungría habría en 1988/1989 un cambio de tono en las relaciones entre Gobierno y Santa Sede, invitando el Primer Ministro Nemeth a Juan Pablo II a acudir al país y reconociendo lo negativo de la política religiosa llevada en su país hasta ese momento¹³⁰.

¹²⁵ Para ver un relato del contacto entre Juan Pablo y Sájarov ver WEIGEL, G., *Opus cit.*, pp. 757-759.

¹²⁶ LECOMTE, B., *Opus cit.*, p. 364.

¹²⁷ Citado en *Ibidem*, pp. 365-366.

¹²⁸ Para ver un somero panorama de ello se puede consultar: LECOMTE, B., *Opus cit.*, pp. 251-268.

¹²⁹ Citado por WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 812.

¹³⁰ VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 2, p. 49.

c) La zona balcánica, la R.D.A., Bulgaria y Rumanía:

Fueron zonas de poca influencia del Papa, aunque éste fuera motivación para disidentes como la rumana Doina Cornea. En este sentido, la Iglesia Ortodoxa era muy reacia a la labor del Papa, que no podía influir en zonas de poca presencia católica. Juan Pablo II vio que su acción en los Balcanes sería más difícil de lo que pensaba¹³¹.

4.2.2. La relación con Gorbachov y el fin del orden de Yalta

Tratar los acontecimientos en Europa del Este sin Gorbachov es imposible. Para Juan Pablo II, Gorbachov fue un “hombre providencial”¹³². Ciertamente, la liberación de Europa del Este sin la aquiescencia de la U.R.S.S. era imposible¹³³. En este sentido, esencial fue el cambio de actitud que se dio con el dirigente soviético, que pasaría a hablar de valores universales por encima de la ideología¹³⁴ y reconocería “el derecho de cada pueblo a elegir los caminos y las formas de su desarrollo”¹³⁵ en el Consejo de Europa en Estrasburgo el 6 de julio de 1989. Por otro lado, el 25 de octubre de ese mismo año insistía en el respeto del Acta Final de Helsinki. La *Perestroika* y la *Glasnost* serían de vital importancia en la unión Soviética y en sus satélites, aunque a la larga se saliera del marco previsto.

En este sentido, Mires plantea hasta qué punto no se vio la U.R.S.S. forzada a tomar tal postura, tras la senda abierta por *Solidarność*¹³⁶, en vez de optar por una senda de inmovilismo. Pero esto es otro debate, aunque de ser cierto que el Gobierno soviético se vio forzado a la apertura por el caso polaco, la importancia indirecta de Juan Pablo II era importante, si aceptamos lo esencial de su apoyo a *Solidarność* y a la oposición polaca.

Juan Pablo II y Gorbachov pronto se aproximaron, puestos en contacto por Jaruzelski, según éste. En 1989 ya mantenían una relación epistolar dialogante, cordial y que buscaba aproximación de posturas. Importante fue que el Gobierno soviético accediera a la celebración del Milenario cristiano de Rusia en 1988, al que acudieron Navarro-Valls y monseñor Casaroli, que mantuvieron una cordial entrevista con Gorbachov, en la que se intercambiaron cartas, una del Papa y otra para él¹³⁷. Juan Pablo II colaboraría en hacer del Milenario un acontecimiento público y notorio que mostraba el espíritu de cambio en el Este y como muestra de que la religión era un hecho esencial en la historia de Rusia. Por otro lado, Juan Pablo II dio su apoyo expreso a la *Perestroika*. A partir de 1988 los

¹³¹ VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 2, p. 49.

¹³² Citado por WEIGEL, G., *Opus cit.*, p. 800.

¹³³ SANDOVAL PINILLOS, L. M., *Opus cit.*, p. 151.

¹³⁴ TAIBO, C., *La Unión...*, p. 207.

¹³⁵ Citado en TAIBO, C., *La Explosión...*, pp. 125-126.

¹³⁶ MIRES, F., *Opus cit.*, p. 92.

¹³⁷ Para ver casi en su integridad ambas cartas se puede consultar WEIGEL, G., *Opus cit.*, pp. 763-765.

acontecimientos en la U.R.S.S. se precipitarían y comenzaría el desplome de todo el bloque comunista.

En las relaciones entre Gorbachov y Juan Pablo II importante fue la reunión del 1 de diciembre de 1989 en el Vaticano¹³⁸. En ella los dos dirigentes hablaron de lo que Gorbachov llamó “puntos principales”¹³⁹. Para él, las ideas de Juan Pablo II “eran muy parecidas a las nuestras”¹⁴⁰. Como resultado Gorbachov dio por zanjado el problema diplomático y el de la libertad religiosa, llegando a invitar al Pontífice a Rusia (lo que al final no pudo ser, sobre todo por la oposición del Patriarca Alexis II). Ambos salieron muy satisfechos, y según Gorbachov “esta amistad continúa”¹⁴¹. Gorbachov veía la transición del Este a la democracia como “algo que hemos creado juntos” y concluiría que “hoy podemos decir que todo lo que ha ocurrido en Europa Oriental no habría sucedido sin la presencia de este Papa”¹⁴².

No vamos a ver aquí el proceso de cambio que se dio, *grosso modo*, de 1989 a 1991 en Europa Oriental. Lo cierto es que Juan Pablo II lo apoyó de modo inequívoco, aunque muestre preocupación por la época post-comunista¹⁴³. Numerosas son las muestras de alegría del pontífice por el cambio operado en el Este, desde homilías a viajes apostólicos, o la convocatoria del Día Mundial de la Juventud en Częstochowa en 1991. En ello el Pontífice ha hecho una proclamación de la Providencia divina, pero recordemos lo que se dijo sobre su pensamiento y veremos que ello no se contrapone con un análisis estrictamente racional de los procesos y los hechos. En última instancia, el mismo Juan Pablo II declaró que el régimen comunista cayó principalmente por “los defectos de su doctrina económica”¹⁴⁴, en definitiva, por su desgaste interno en el contexto de la Guerra Fría.

5. CONCLUSIÓN

Habiendo visto el desarrollo de los hechos, dentro del contexto general, creo que se puede concluir que el papel de Juan Pablo II fue de gran relevancia, que no se limitó a ser una imagen o icono de un movimiento del que no tomó parte activa, sino que su intervención fue decisiva para que la caída del comunismo se desarrollase como se desarrolló, con una celeridad que sorprendió a casi todos a la altura de 1989-1991. Esto no quiere decir, sin embargo, que el proceso en sí no se hubiese desarrollado sin su presencia. Podemos utilizar aquí el término “implosión” que usa Carlos Taibo para referirse al fin de la Unión Soviética (y por

¹³⁸ Para ver una relación sobre ello puede consultarse: WEIGEL, G., *Opus cit.*, pp. 798-800.

¹³⁹ De la entrevista televisada en KARAMEHMEDOVIC, A. (Dir.), *Opus cit.*

¹⁴⁰ Citado en VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 2, p. 8.

¹⁴¹ De la entrevista televisada, en KARAMEHMEDOVIC, A. (Dir.), *Opus cit.*

¹⁴² Citado en VELASCO, M. A. (Ed.), *Opus cit.*, vol. 2, p. 8.

¹⁴³ Para ver tal visión se puede consultar: LECOMTE, B., *Opus cit.*, pp. 386-390; SZULC, T., *Opus cit.*, pp. 440-444.

¹⁴⁴ Citado en JUAN PABLO II, *Memoria...*, p. 204.

tanto de las Democracias Populares dependientes de la misma), presa de las contradicciones de su sistema socio-político y sobre todo económico, algo apuntado por el mismo Pontífice.

Sin embargo, no es menos cierto que la Unión Soviética se desgastó en el proceso de la Guerra Fría con los Estados Unidos, y se desmoronó en parte por la pérdida de control en su entorno más próximo en Europa del Este. Dentro de ésta, el “punto caliente” fue Polonia, donde la disidencia pudo realmente salir al espacio público y plantar cara al poder establecido como no se veía en ninguna otra zona, y donde la Iglesia tenía una importancia de primera categoría. Y fue precisamente aquí donde la acción de Juan Pablo II se evidenció como de vital trascendencia, al aglutinar a las fuerzas opositoras, al ofrecer una representatividad de las mismas a nivel internacional y al amparar la acción de estas fuerzas, lo que las protegió ante el poder comunista, iniciando así su debilitamiento. Asimismo, su propia política diplomática y sus viajes a Polonia fueron una aportación a la acción interna y externa (por parte de los países del bloque occidental) que se venían dando de por sí.

Juan Pablo II fue de esta manera un Pontífice y un hombre involucrado hasta lo más profundo de su ser en la causa de la libertad en Europa del Este, cuya acción sirvió para acelerar el proceso de liberalización del bloque soviético al ofrecer ánimo a la disidencia y la sociedad civil, una imagen y un amparo religioso y diplomático para las mismas, además de su propia presión en un bloque político debilitado interiormente.

Bibliografía

CIECHANOWSKI, J., “El totalitarismo comunista en Polonia (1944-1989): su génesis y evolución” en *Brocar*, Núm. 24 (2000), pp. 93-103.

FERMANDOIS, J., “El dinamismo, la esperanza, los límites: el Papa Juan Pablo II en el siglo XX”, en *Estudios Públicos* (verano 2006), pp. 27-44.

FROSSARD, A. (Ed.), *¡No Tengáis Miedo!*, Barcelona, Plaza & Janés, 1982.

HERRERO DE LA FUENTE, M., *Papel de “Solidaridad” en el proceso de transición democrática en Polonia*, Tesis Doctoral dirigida por Rafael Caldach Cervera, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones, 2003.

HOBSBAWMN, E., *Historia del Siglo XX (1914-1991)*, Barcelona, Crítica, 1995.

JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, Madrid, B.A.C., 1996.

_____, *¡Levantaos!, ¡Vamos!*, Barcelona, Plaza & Janés, 2004.

_____, *Memoria e Identidad: Conversaciones al Filo de Dos Milenios*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.

JUDT, T., *Postguerra, una historia de Europa desde 1945*, Madrid. Taurus Historia, 2006.

KARAMEHMEDOVIC, A. (Dir.) [Recurso electrónico DVD], *Juan Pablo II: La Conciencia del Mundo*, Barcelona, S.AV. Editora, 2003.

LECOMTE, *Cómo el Papa Venció al Comunismo*, Madrid, Rialp, 1992.

MALIÁVINA, S., GARCÍA GABALDÓN, J., ENCINAS MORAL, A. L. (Coords.), *Revolución y Contrarrevolución. Una mirada crítica 90 años después, 5 y 6 de noviembre de 2007*, Facultad de Filología (UCM) [actas aún sin publicar].

MARTÍN DE LA GUARDIA, R. M., PÉREZ SÁNCHEZ, G. A., *La Europa del Este: de 1945 a Nuestros Días*, Madrid, Síntesis, 1995.

MESSORI, V. (Ed.), *Cruzando el Umbral de la Esperanza*. Barcelona, Plaza&Janés, 1995.

MIRES, F., *El Orden del Caos: Historia del Fin del Comunismo*, Buenos Aires, Libros de la Araucaria, 2005.

SANDOVAL PINILLOS, L. M., *Cuando se Rasga el Telón: ascenso y caída del Socialismo Real*, Madrid, Speiro, 1992.

SZULC, T., *El Papa Juan Pablo II, La Biografía*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1995.

TAIBO, C., *La Unión Soviética (1917-1991)*, Madrid, Síntesis, 1995.
_____, *La Explosión Soviética*, Madrid: Espasa, 2000.

VELASCO, M. A. (Ed.), *Del Temor a la Esperanza*, Madrid, Ediciones Solviga, 1993, 3 vols.

WEIGEL, G., *Biografía de Juan Pablo II, Testigo de Esperanza*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999.

www.vatican.va